



CANCION NUEVA
 DE
ABELARDO Y ELOISA.

ELOISA.

¡Qué pavor, Paraclito, me inspiras
 al pasar tu clausura funesta!
 Eloisa, tu tumbas a questa;
 ya espiraron tu gloria y tu amor.
 Abelardo, Abelardo, á mis ayes
 ¿por qué diste tan fiera respuesta?
 Eloisa infeliz, no te resta
 mas que luto, tristeza y dolor.
 Subo al coro á implorar al Eterno
 el perdon de mi vida pasada,
 y en vez de esto, mi lengua turbada
 solo ruega, Abelardo, por tí.
 Temerosa de horrendo castigo
 huyo, ¡oh Dios! de tu santo retiro,
 mas, ¡ay triste! do quiera que miro
 Abelardo, tu sombra está allí.

Pon la mano, Abelardo, en mi pecho,
 le verás de pasión palpitante:
 alza el velo y verás mi semblante
 triste espectro de tanto llorar.
 A estas pruebas de amor y quebranto
 ser sensible, Abelardo, debiste,
 mas, ¡ingrato! á bien preferiste
 tu sosiego y tu tranquilidad.
 Casta vírgen que este aulo santo
 inocente habitas conmigo,
 tú que has sido en mis penas testigo
 y consuelo en mi triste sufrir.
 De Eloisa el cruel sacrificio
 has presente á las almas sensibles,
 y en tí llora los males terribles
 de un amor que llegó al frenesí.

Eloisa, ya estoy penetrado,
sé muy bien que es tu amor verdadero,
juré serte siempre compañero....
oye pues mi discurso fatal.
Si estuviera como en otro tiempo,
(en pensarlo solo me horroriza),
fiel te soy y seré, Eloisa,
hasta la muerte siempre leal.

Ya conozco mi funesto estado,
pero nunca jamas he podido
olvidarme que soy tu querido
hasta que deje ya de existir.
Quién ha visto á un hombre impotente
unirse aun á su tierna amada!
y así mi suerte descifrada,
no puedo mas tiempo resistir.

A tí sola, amada Eloisa,
ver espero en el lance postrero;
es constante mi amor, verdadero,
lealmente te quiero cumplir
aquel voto de unirme contigo,
recibiendo el último suspiro,
deseando lo que solo aspiro;
oye pues, que sin tí no es vivir.

Ya fallezco, á Dios, Eloisa,
haz que sea tu fin mas dichoso:
he logrado alcanzar el reposo,
luego acabo, te pido perdon.
Oye pues mis acentos postreros,
ya me hallo del todo ajitado;
sirve á Dios, deja ya mi cuidado,
el alma á Dios y á ti el corazon.

VIDA Y AMORES DE ABELARDO Y ELOISA.

En Clison, allá en Bretaña
nació, dotado Abelardo,
de un talento singular
y de un exterior gallardo.

Dedicándose á las ciencias
con incomparable ardor,
consiguió con sus estudios
cada vez lauro mayor.

Mas siendo su inclinacion
mayor, la filosofia,
marchóse á París, en donde
grandes maestros habia.

Logró una fama asombrosa,
diéronle un canonicato,
entronizóse su escuela
en el mundo literato.

Asi pasaron cuatro años
hasta que llegó á saber
que habia en París un ángel
en forma de una muger.

Quiso hacer conocimiento
con ella, y como la halló
superior á los elogios,
de su beldad se prendó.

El canónigo Fulberto,
que era de Eloisa tio,
enterado de su ciencia
en su casa le dió asilo.

Pasaron algunos años
en el colmo del placer,
cuando al cabo, de este amor
apercibióse Fulbert.

Agriamente á su sobrina
con furor la reprendió,
y al amoroso Abelardo
de su casa al punto echó.

Junta Fulbert sus parientes,
de su agravio les habló,
y con ellos la venganza
mas infame concertó.

Cinco hombres convenidos
en casa Abelardo entraron,
y la maldad mas horrenda
con prontitud consumaron....

Abelardo su vergüenza
fué á ocultar á un monasterio,
encerrando su existencia
al que llamó Paracletto.

Eloisa en un convento
Abelardo en su abadia,
en vano al Cielo con ansia
treguas á su amor pedian.

Fué entonces que se escribieron
aquellas cartas sentidas,
por todos tan celebradas,
de todo el mundo leidas.

11. 22. 185

CANCION

DE

LA TRISTE CORINA,

LAMENTÁNDOSE DE LA INGRATITUD DE OSWALDO,

SU FALSO Y CRUEL AMANTE.

En carroza triunfante sentada,
adornada de joyas preciosas,
obsequiada de muchas hermosas
se vió en Roma á esta jóven lucir;
mas ¡ay cielo! que amor cauteloso
por sus venas discurre inclemente,
vió á Oswaldo, y le amó tiernamente,
y este amor la condujo á morir.

Coronada de laurel y mirto
á la gloria marchaba Corina,
y ostentando sus gracias, inclina
á las bellas su ejemplo seguir;
mas de Oswaldo una sola mirada
infundió en su alma tal tormento,
que mudando en tristeza el contento
sintió luego un fatal porvenir.

Cuán brillante subió al Capitolio
por el pueblo romano aclamada,
do logró, de la gloria cercada,
la corona de sabia ceñir;
pero en vano su pecho se agita
anhelando adquirir honores,
que trocados en fieros dolores
la harán pronto llorar y gemir.

Mas Corina, que nada recela,
busca en vano á su futuro esposo,
y entristece su pecho amoroso
no pudiéndolo al fin descubrir:
de dolor y pena desfallece,
queda sola, en llanto sumergida,
y en su ausencia no estima la vida
que á su amante propuso rendir.

¡Ay Oswaldo! el amor de Corina
era muy en extremo constante,
pues en tí contemplaba un amante
que pudiera hacerla feliz;
mas tú, ingrato, el apego á tu patria
preferistes á un amor sincero,
regresando á Inglaterra, primero
que casarte en otro país.

Cual Corina te amaba, bien sabes,
tus deseos su ley siempre fueron,
mas los tuyos, tal vez produjeron
este amargo y cruel porvenir:
la olvidaste! y en vano secreto
ocultaste á tu amor obsequiado;
su desgracia por fin has causado,
y la privas de un dulce existir.

Llegó un dia en que el sol eclipsado
entre nubes ocultó su luz,
y postrada al pie de una cruz
esclamó con sentido decir:
«¿por qué aterra morir al humano
si la vida ve pálida y fria?
el vivir es amarga agonía;
sin embargo, se anhela vivir!

Yo, Corina, jóven infelice,
dí entrada en mi pecho inocente
al veneno de un amor ardiente
para luego por siempre sufrir:
¡oh vosotras, jóvenes incautas,
que de amor la violencia ignorais!
si mi triste cancion escuchais
de sus redes crueles huid.

Habitaba tranquila en Italia,
y en un tiempo que ausente vivia,
de un Apolo el favor merecia,
y en mi patria pensaba existir;
mas ¡oh musa, qué estrella funesta
me condujo á la senda amorosa
do una voz resonó dolorosa:
ay Corina, tú vas á gemir!

En la flor de mis años sentia
por mis venas un fuego vagar,
que imprevisto lo vino á escitar
un tirano de quien me creí
obcecada con falsas promesas
que su pecho traidor me dictaba,
en su lazo, sagaz, me enredaba,
cuando aleve se ausentó de mí.

Genio horrible me, acosa incesante,
que luchando en mi bárbara suerte
la sonrisa se ve de la muerte
á mi cardeno labio acudir;
en las alas del austro llevada,
sobre tumbas y escombros me mece,
y la copa fatal que me ofrece,
á apurarla me insta el frenesí.

De inquietudes llenaron mi alma
con delicias dulce poesía,
en tan pura y completa alegría
que alcanzaba mi seno rendir:
tantos bienes perdí en un momento,
y mi amor, por mi mal, sacrificio
á un ingrato mi pecho dedico
no pudiendo mi fuego estinguir.

Víctimas de un amor infelice
atended á mi acento postrero,
si á la faz de una muerte que espero
mis lamentos quereis aun oír;
desechad esa copa engañosa
que á Corina perdió de repente,
cuando en Roma ceñida su frente,
sus talentos se vieron lucir.

Dime, impío, en qué te he ofendido?
dime, falso, en qué te he agraviado?
dime, Oswaldo, mi bien adorado,
si Corina te pudo afligir?

mas no, cielos! yo soy inocente;
bien lo sabes que constante he sido,
y que fiel en mi pecho ha ardido
una llama que no sé estinguir.

Vive, ingrato, con tu esposa tierna,
pues Corina es preciso que muera
inmolada en tu pecho de fiera,
¡ay Oswaldo! espirando por tí:
cauteloso á tu amante engañaste
del amor el veneno bebiendo,
sin remedio mi mal advirtiéndote
te burlaste, inconstante, de mí.

Dime, Oswaldo, por qué receloso,
del caracter romano temiste?
cuántas veces á un tiempo advertiste
que inglesa é italiana fui!
un pensar preocupado ha podido
de tu anillo los pactos romper
y á Lucila tu mano ofrecer
aumentando la tristeza en mí.

En tí, Oswaldo, cifraba mi gloria,
aspirando tan solo á tu mano,
cuando elogios del pueblo romano
mis oídos vinieron á herir,
mis ternezas mostraban cariño
y la grande pasión que notaste,
mas tú, ingrato y cruel me olvidaste,
y has venido á verme morir!

Mira el sol, que entre nubes sombrías
oscurece su rostro dorado,
y se muestra aun eclipsado
por no verme penando morir:
la pasión que mi dicha robando
hoy aumenta mi agudo dolor,
traspasada del dardo de amor
ya mi pecho lo siente latir.

Mi sepulcro mira con respeto,
y á lo menos mi lápida fría
oiga, Oswaldo, de tu boca un día:
« aquí yace la mas infeliz: »
y tú, conde, mi mas fiel amigo
adios, que morir ya me siento,
una sombra oprime mi aliento
y me cubre de un negro tapiz.

Madrid.